
ARTICULOS

LA TRADICION CLASICA Y LA DEMOCRACIA PARLAMENTARIA MODERNA

BERNARD CRICK

El análisis que publicamos del profesor Bernard Crick es un intento por argumentar que "la clásica teoría política nos da razones suficientes para creer que un sistema que se acerca a un gobierno republicano será, a la larga y en todas partes, la forma más apropiada y estable de ordenar la sociedad civil".

Para alcanzar esta conclusión, el autor realiza tres pasos en los cuales subdivide su trabajo: 1. La tradición; 2. El futuro del gobierno parlamentario; y 3. Teoría e instituciones, llegando a afirmar en el segundo de estos capítulos que "las repúblicas parlamentarias son más fuertes que las autocracias debido al poder del pueblo, a su mayor flexibilidad y porque sus planes socioeconómicos están abiertos a la crítica de la opinión pública y son susceptibles de cambios".

Bernard Crick es cientista político del London School of Economics y profesor emérito de la Universidad de Londres.

1. LA TRADICION

Siempre es difícil ser simple, especialmente si esto implica ser moralizador, tanto en ciencia política como en la práctica política misma. Pero tratemos de recordar las razones básicas por las cuales la civilización humana debería tratar de mantener y realzar una manera política de encarar las cosas —por muy descontentos que estemos con los políticos, o aun cuando a veces se nos impida actuar en política—. El pensamiento político considera una diversidad de intereses y valores en las sociedades complejas, intenta conciliarlos, logra acuerdos creativos y no determinar cuál de ellos es el mejor tratando de imponerlo.¹ Por ello sostengo que la teoría política en especial nos da razones suficientes como para creer que un sistema que se acerca a "un gobierno parlamentario", a una "democracia representativa" o a un "régimen republicano", sea probablemente, a la larga, la forma mejor y más estable de ordenar la sociedad civil en cualquier parte.

El pensamiento y la especulación políticos son tan específicos como la observación de los fenómenos en las ciencias naturales y su origen es

¹ Bernard Crick, *In Defence of Politics*, 2ª Edición, Londres, Penguin Books. Hay una traducción al español de la primera edición del año 1963 de la editorial Taurus de Madrid pero no aparece el apéndice del año 1983 sobre el socialismo democrático. Una traducción del capítulo 1 realizada por el profesor Manfred Wilhelmy fue publicada en la revista *Estudios Sociales*, N° 44, 2, 1985.

européo u "occidental", no así su aplicación. La forma de pensamiento es universal, pero la aplicación depende de las circunstancias y tiene un carácter variable.

Hasta donde sabemos, la libre especulación acerca de lo que puede hacerse a través de la política no es más antigua que los griegos, ya que Platón fue el primer hombre que estableció una clara distinción entre lo que se nos enseña como *ley* y lo que a través de un razonamiento podemos percibir como *justo*. Los hombres —argumenta Platón— pueden construir, ya sea un estado ideal (como en su diálogo *La República*) o (como en su diálogo *Las Leyes*) un estado, por lo menos, mejor. No sabemos cómo se llegó a esto, pero existe un claro contraste entre la especulación de los griegos —que reconocen una variedad de formas de gobierno y sociedad y creen que los hombres como ciudadanos pueden elegir cuál adoptar—, y por otra parte, la aceptación casi universal de una diferencia de naturaleza entre gobernantes y gobernados, como parte de un orden divino, o de una necesidad objetiva.

En el pensamiento político de la antigua India y de Persia, así como en los primeros escritos chinos y japoneses sobre el gobierno, encontramos muchísimos consejos prudentes a los gobernantes sobre la forma de mantenerse en el poder (por ejemplo, utilizar más espías y menos elefantes o incluso gobernar con justicia y no trasgredir leyes tradicionales) y también observamos una cantidad de homilias a los gobernados instándolos a mantenerse en el lugar que les fue predestinado en la sociedad y cumplir con los deberes correspondientes. Sin embargo, no existen especulaciones acerca de cómo se podrían ordenar mejor las cosas, no sólo dentro de la estructura del gobierno sino también de la propia sociedad.² Incluso, en la actualidad, la creencia de que es posible mejorar las cosas a través de cambios introducidos por medios políticos no es algo que se deba dar por sentado.

Aristóteles —el fundador y estructurador del pensamiento político—, cinco siglos antes del inicio de la Era Cristiana ya había hecho tres afirmaciones básicas y establecido un supuesto muy importante. En primer lugar, argumentó que el hombre es por naturaleza un animal social —"el hombre que piensa que puede vivir fuera de la *polis* (palabra griega para ciudad-estado) es o una bestia, o un dios" (ser autosuficiente implica no ser humano). Luego sostuvo que las sociedades están compuestas por elementos muy diferentes —señaló que su maestro Platón cometió el error de pensar que una *polis* sin una norma única de justicia es inestable— y argumentó, también, que la *polis* se desintegraría si se intentara aplicar una norma única—. Por último, Aristóteles afirmó que el mejor gobierno es el mixto: ni monarquía ni aristocracia, ni democracia por sí solas (la democracia es preferible a la monarquía o a la aristocracia si no hubiera otra elección; pero *mejor* que el gobierno de

² Bernard Crick, *Basic Forms of Government: A sketch and a model*, Londres, Macmillan, 1973 y también bajo el título *Formas Básicas de Gobierno*, México, El Manual Moderno, 1979.

la mayoría sería la combinación del principio aristocrático de sabiduría y capacidad con los principios democráticos de consentimiento y poder los "muchos eligen a los pocos"). Aristóteles implícitamente asumió que todas las formas de régimen necesitan *justificarse*, que no existe el "poder desnudo" sin consentimiento racional, y que si estas formas no pueden justificarse filosóficamente, deben y pueden cambiarse.

La única justificación de la monarquía, o gobierno de un hombre, es que éste sea perfectamente sabio y bueno (lo que, en el hecho, decía Aristóteles, haría de él un dios, algo posible pero poco probable, aun entre maestros, políticos, soldados o burócratas). La única justificación de la aristocracia es la sabiduría y la capacidad, pero —en la práctica— ésta suele degenerar en plutocracia, el gobierno de los ricos. La única justificación de la democracia o gobierno de muchos es la igualdad (pero, para Aristóteles, la justificación democrática *per-se* es una falacia "la creencia de que si los hombres son iguales en algunas cosas, son iguales en todas"). Por lo tanto, sostiene que es muchísimo mejor unir la capacidad de los pocos a la necesidad de obtener el consentimiento de la mayoría y, por lo tanto, a su control y, si esto tiene éxito, conquistar el mayor poder de la mayoría. Gran parte de la práctica y del pensamiento políticos de los romanos fue sólo una "nota al pie" a este punto básico: "*autoritas in Senatum, potestas in populum*" (la autoridad en el Senado, el poder en el pueblo).

Sólo en dos puntos importantes los romanos pudieron agregar algo a las prácticas y descubrimientos de los griegos. Demostraron que las instituciones republicanas políticas eran posibles en un amplio territorio, en tanto que los griegos habían pensado sólo en términos de sociedades relativamente reducidas y estrechamente relacionadas. Además, demostraron que la ciudadanía de un estado no podía basarse sólo en la descendencia étnica, como lo habían creído, incluso los griegos, sino también en una fidelidad racional y consciente hacia las leyes y el espíritu del estado, y en una aceptación deliberada de la cultura adquirida. En otras palabras, tanto la cultura griega como la romana atribuían enorme importancia a la política. El derecho más alto a la inmortalidad (es decir, ser eternamente recordado) corresponde a los fundadores, salvadores y reformadores de las ciudades. Y Cicerón de hecho repite la afirmación de Aristóteles, que hoy suena tan fantástica, de que la política es la "ciencia madre". Esto, por supuesto, no en el sentido de que incluye o explica todas las demás "ciencias" (todas las formas de conocimiento, habilidades, actividades sociales e intereses de grupo), sino en cuanto sólo las decisiones y los procesos políticos les pueden dar alguna prioridad, alguna ordenación a las demandas opuestas sobre los recursos siempre escasos de cualquier sociedad. La economía nos puede decir que el precio de una cosa se determina mediante aquello a lo que debemos renunciar para conseguirla, pero no nos puede decir si vale la pena pagar dicho precio.

Más tarde, no fue mucho lo que el mundo medieval aportó a la tradición política, fuera de agregar las ideas cristianas a las ideas romanas

sobre la ley. Las disputas sobre lo que era propiamente materia de ley divina o de ley natural, y sobre quién debía decirlo, fueron interminables. Pero lo esencial es que la Cristiandad, en casi todas sus formas, perspectivas, revisiones y redescubrimientos, es siempre dualística permite la existencia de una esfera secular de la razón que constituye el dominio peculiar de la política, por una parte, y de la ciencia natural por otra. El propio Cristo dijo, enigmáticamente: "Dad al César lo que es del César y a Dios lo que es de Dios". A pesar de que a veces dio prueba de gran ignorancia, animosidad y soberbia, la Iglesia nunca se empeñó en destruir y negar totalmente la autonomía de la ciencia y de la política, como ha ocurrido con algunas religiones universales e ideologías modernas. Puede ser que exista algo más allá del mundo secular de nuestros sentidos, tal especulación o convicción es irrelevante para la tradición del conocimiento histórico y político. Para que exista conocimiento político sólo es preciso que haya alguna esfera de consideraciones puramente seculares (aun dentro de un contexto religioso), y que haya cabida para una discusión racional sobre cómo ciertas creencias religiosas morales pueden ser impuestas a la sociedad o, cuando se producen diferencias, cómo se puede llegar a un acuerdo, acomodo o reconciliación de éstas en la práctica. Las propias religiones (sean trascendentes o ideológicas) tienen que practicar un acuerdo político en lo que respecta a la conducta humana si es que los hombres han de seguir viviendo juntos, aun cuando haya quienes se salven o condenen, o quienes sean mejores o peores.

Maquiavelo nunca negó (aunque los ignorantes dicen que lo hizo) las ideas, para él, cristianas del bien y del mal convencionales. Por el contrario, dice que para preservar el Estado, a veces es necesario practicar el mal. No sostiene, como Hegel, que las acciones en beneficio del Estado sean, por tal motivo, buenas acciones en un sentido absoluto. Maquiavelo aclaró el dilema fundamental de la moral y la política: el drama de cometer una mala acción por una buena causa, el drama más sutil de tratar de vivir decente y tranquilamente bajo un régimen injusto. Nada en la naturaleza garantiza que las consideraciones de supervivencia y las de moral no puedan entrar en contradicción en ocasiones difíciles, algo excepcional pero muy posible. Maquiavelo es un gran escritor político, principalmente porque nos recuerda cuál suele ser el precio moral que tenemos que pagar por el orden. En muchos aspectos, él era un republicano romano convencional, pero, en dos aspectos específicos, puede considerarse como el fundador de la ciencia política moderna o de su estudio. El reconoció, de manera similar a Aristóteles, dos formas básicas de gobierno, las que llamó "gobierno del príncipe" y "gobierno republicano" (la república era una mezcla de aristocracia y democracia, porque creía que ninguna de ellas por separado podía llegar a ser estable). En relación con esto, Maquiavelo se plantea varias interrogantes. En su gran libro *Los Discursos*, en primer lugar: ¿en qué circunstancias es mejor practicar el gobierno del príncipe o el republicano?, demostrando que hay ocasiones en que la elección es casi impo-

sible, que la otra forma no se puede instaurar o no puede sobrevivir sin una voluntad y un esfuerzo extraordinarios. Otra interrogante se refiere a ¿cuál es la mejor combinación de elementos que asegure la sobrevivencia a largo plazo de los regímenes? Siendo su respuesta muy clara: en general, no puede establecerse una república donde no hay tradición, memoria o práctica de una ciudadanía individual; pero donde se da tal tradición, un *principado* sólo puede establecerse por medio de una violencia, crueldad y habilidad extraordinarias. Maquiavelo piensa que, en general, los principados son de por sí inestables; la mejor forma de *crear* o de reformar un estado es por medio de un príncipe, pero para *preservar* un estado a través del tiempo, el poder debe ser compartido y el estado debe convertirse en república. Y en lo que concierne a la combinación de elementos, intenta un análisis dinámico a partir de la forma algo estática del pensamiento de Aristóteles. Qué inútil —dice— resulta ser un estado que no puede confiarle armas a su propio pueblo. Además afirma que la República romana era tan fuerte porque deliberadamente soportaban las manifestaciones públicas y los inconvenientes de tener representantes populares (los Tribunales) puesto que sin ellos el pueblo nunca se habría sentido parte del estado y, de este modo, el estado se habría debilitado.³

Sólo habría que agregar a la visión casi exclusivamente militar que Maquiavelo tiene del poder popular, el surgimiento, durante la revolución industrial, del obrero especializado la persona de quien depende el poder y bienestar de los estados. Los estados del mundo moderno pueden prescindir de éste, pero a un costo terrible que se traduce en debilidad o pobreza (a veces ambas) o bien pueden controlarlo pero al enorme costo de un constante aumento de controles burocráticos y de opresión. Y algunos de estos controles son vulnerables a la forma más eficaz de oposición política, que no consiste en el discurso abierto o la rebelión, sino —como ocurre en toda Europa oriental— en hosca apatía e indiferencia al trabajo bien hecho y esforzado.

Si yo concluyera en este momento, ustedes pensarían que los he aburrido con esta rápida y simple lección de historia o con este sermón secular. ¿Por qué no referirnos entonces a nuestra época? Mi opinión es simplemente que la teoría Aristotélica y Maquiavélica básica de política y libertad no se ha visto tan afectada, como muchos creen, por el capitalismo y el industrialismo moderno. Tanto los economistas marxistas como los liberales han subestimado en demasía la importancia de "factores políticos" y sobreestimado los económicos. (Concuerdo con la gran Hannah Arendt, quien en su libro *The Human Consideration*, señala que Marx y Hayek, al desconfiar de los asuntos políticos, son dos caras de la misma moneda conceptual.)⁴ Si la política no puede consi-

³ Bernard Crick, introduction to Machiavelli, *The Discourses*, Londres, Penguin Books, 1972.

⁴ Hannah Arendt, *The Human Condition*, Cambridge University Press, 1958. En su libro *The Constitution of Liberty*, Londres y Nueva York, 1960. Hayek sostiene

derarse separadamente de la economía, ni la economía aparte de la política, luego la distribución de beneficios en una sociedad será finalmente un factor político. Y los "factores políticos" son simplemente una mezcla siempre cambiante, tanto de intereses económicos como de puntos de vista morales. La función de la política no es encontrar el punto de vista o el interés mejor, más sólido o más eficaz, sino mostrar cómo éstos se pueden combinar o encauzar hacia una competencia dentro de límites aceptables y convencionales.

Estoy convencido que de acuerdo con la tradición de la teoría política, podemos afirmar que el precio para lograr un consenso total es siempre demasiado alto en términos de lo que se les debe imponer a los hombres, en su calidad de tales. Tampoco existe ningún principio de organización dominante, puesto que si aceptamos que, por ejemplo, el principio de la libre empresa o de la soberanía nacional, explique la explotación descontrolada de los recursos naturales, entonces podríamos estar destruyendo la fertilidad del planeta. Y si el principio de la "igualdad", se impusiera absolutamente al principio de la "iniciativa individual", en lugar de servir de mediador, se derrotaría a sí mismo al destruir totalmente el otro principio (y esto lo digo a modo personal en mi calidad de socialdemócrata).

La tradición de la libertad política no nos señala que es necesario un consenso sobre los fines morales si es que queremos sobrevivir (el cual es el único argumento teórico que algunos políticos parecen haber utilizado). Por el contrario, sólo se necesita un consenso acerca de los procedimientos y los medios, no acerca de los propósitos o los fines.

Podemos sobrevivir y causarnos menos daño a nosotros mismos y a nuestro hábitat natural al aceptar que, en realidad, existe una pluralidad de fines morales en nuestro mundo. El estudioso de la historia y la política no debiera pedir a la gente que acepte el hecho de que todos los fines son igualmente buenos; eso sería un contrasentido. Pero si se trata de pensar políticamente, él debe decir que todos los fines morales deben ser comprendidos, reconocidos y tolerados hasta un cierto grado, aun cuando no sean aprobados.

En consecuencia, el conocimiento histórico y político es muy importante, porque si hemos de dominar los conflictos, es preciso que comprendamos las motivaciones de los contendientes y las condiciones sociales en que ellos se producen. Si, por el contrario, sólo queremos lograr la supremacía de lo que estimamos mejor, entonces no necesitamos mayor conocimiento de otros puntos de vista, pero, de ser así, sólo requeriríamos conocer algunas tácticas determinadas. Para ello, solamente necesitamos, como buenos revolucionarios, fuerza, valor y suerte. En

que la libertad es necesariamente liberalismo y que ambas son un producto único del capitalismo moderno. El autor omite completamente la tradición griega y romana de la ciudadanía libre, tal como lo hizo Marx, pero Marx, a diferencia de la primera y segunda generación de sus discípulos, puede haber dado esto por sentado.

otras palabras, un conocimiento exacto de las motivaciones y condiciones políticas de los demás es una condición general para lograr la tolerancia y la paz, puesto que un conocimiento de esta naturaleza, generalmente inhibe las soluciones extremas o, por lo menos, las hace parecer demasiado aventuradas e inciertas.

El conocimiento político es también un gran moderador interno. La mayoría de las autocracias modernas han dejado de ser arbitrarias, es decir, sus habitantes pueden descubrir, hablando grosso modo, qué es y qué no es legal; y los gobiernos se someten en un grado sorprendente a las normas que han heredado o que ellos mismos han dictado. Pero la mayoría de las autocracias modernas aún tienen que ocultar las razones de su toma de decisiones, puesto que éstas han sido tomadas de acuerdo con los intereses de grupos particulares, sin haber tomado en consideración los intereses de todos los grupos que conforman una sociedad. *Por lo tanto, el sello de una sociedad libre no consiste siempre en altos niveles de participación real por parte de los ciudadanos individuales, sino en un conocimiento público de por qué se toman las principales decisiones.* Por ejemplo, para el académico consistiría en la existencia de una historia contemporánea objetiva con acceso a los archivos, y para la gente común, una prensa libre, pluralista y competitiva. La participación sólo puede ser pertinente e intensa para todos cuando se trata de estados del tamaño de las ciudades griegas, lo cual es el sueño de los comuneros o de los anarquistas que postulan la práctica política dentro de la comunidad. Pero las comunicaciones pueden ser abiertas, libres y razonablemente exactas en estados de cualquier dimensión. Los problemas de digerir la información resultan entonces formidables, pero en principio son puramente técnicos.

Es así como el conocimiento político, que sólo prospera en sociedades relativamente libres, sugiere que a la larga es más difícil gobernar sociedades grandes y complejas en forma autocrática, que hacerlo en forma política.

La tradición política de Occidente es, en un sentido, obviamente *conservadora*. Nos ayuda a distinguir la continuidad de los sistemas sociales, a comprobar que la tradición es a veces más influyente que las ideologías, a percibir que el orden y la supervivencia son pre-requisitos para la civilización y la vida, y a ser escépticos frente a la certeza de que se es capaz de alcanzar la Revolución, entendida como un estado de cosas absolutamente nuevo o cualitativamente diferente, en lugar de adaptarnos a las revoluciones que ocurren en la tecnología, el suministro de alimentos, el aumento de la población o la medicina. Pero, en otro sentido, la tradición política es siempre *radical*: ésta no ve razón secular alguna por la cual deberíamos simplemente "soportar los poderes existentes" o los agobios de la pobreza. Un cambio racional es posible. Estudiar los factores políticos del cambio social no significa aceptarlos todos por igual, sino simplemente, si uno desea cambiarlos, señalar que este cambio será más fácil y más humano si uno lo conoce mejor. Pero

las orientaciones reales del cambio social, en mi opinión, no son responsabilidad específica ni del historiador ni del filósofo político. Son labor específica de los ciudadanos. Pero si no hay ciudadanos, o los hay muy pocos, como en el caso de las autocracias o dictaduras, los académicos adquieren de hecho cierta importancia política. Aun cuando no podamos actuar, podemos mantener viva la llama de la esperanza y de la crítica. El estudio de la política es casi el sello de la libertad aun cuando políticamente nos resulta más prudente disfrazarnos de historiadores.

2. EL FUTURO DEL GOBIERNO PARLAMENTARIO

¿Qué nos depara el futuro? El mundo moderno ha demostrado su gran creatividad en las formas de producción industrial y agrícola, en la conducción de la guerra y en la ciencia, en medicina y tecnología; no así en las formas de gobierno. Incluso al observar los componentes de los sistemas políticos, los que algunos estrictamente llamarían "instituciones", tales como parlamentos, partidos, burocracias y sistemas electorales, nos encontramos con una gran carencia de inventiva. Las únicas ideas originales de gobierno de este siglo han sido los totalitarismos como sistemas, la idea de un control total de la sociedad (que actualmente tiende a recaer en algo parecido a una autocracia ya pasada de moda) y de los partidos, especialmente un partido, como la única y nueva institución de gobierno. (Antes de este siglo, la mayoría de los partidos no pretendían realmente gobernar, sino solamente influir en los gobiernos.)

Se puede lograr una estabilidad gubernamental razonable en medio de numerosos y continuos cambios sociales y tecnológicos, no por medio de nuevas invenciones, sino simplemente aplicando diferentes propósitos, principios y mecanismos bastante conocidos como, por ejemplo, el parlamento y el parlamentarismo. Los mecanismos y principios tales como las elecciones, por ejemplo, o el informar a la opinión pública acerca de las razones por las cuales se toman las decisiones (a diferencia de los gobiernos secretos de las antiguas autocracias), variarán significativamente en su forma y autonomía. El Parlamento no amenazó al gobierno vigente en Gran Bretaña, sino más bien constituyó su condición fundamental. El Parlamento, apoya a la vez que limita al gobierno. El sistema parlamentario de gobierno ha sido estable cuando ha podido combinar gobierno fuerte con oposición fuerte. Los gobiernos deben gobernar, pero gobiernan mejor si están sujetos al tipo de escrutinio y de crítica que se da en un gobierno parlamentario y que éste considera especialmente aun cuando provenga de otros, de los Medios de Comunicación y de organismos de educación superior. La teoría social debería considerar a los parlamentos modernos no como gobiernos, no como rivales de los gobiernos, sino como sistemas de comunicación que vinculan a los gobiernos con los electorados.

La libertad depende del derecho a criticar a los gobiernos, de la capacidad de hacerlo y de su ejercicio real. Y la libertad puede operar a través de muchas otras instituciones, no sólo el parlamento: ésta se pierde si depende totalmente del parlamento, pero no se ejercerá bien sin esta institución. Lo crucial para un régimen libre no consiste en la posibilidad de que un gobierno sea derrotado cada vez que introduce una legislación impopular, sino en el hecho de que pueda ser derrotado en las urnas y que pueda llamar a elecciones limpias. La elección general competitiva es tan importante como el parlamento; en cuyo punto Schumpeter tenía razón. Los gobiernos se ven moderados tanto por el hecho de saber que la opinión pública puede estar consciente del porqué ellos también están tomando una decisión, como por los cotos formales. Los gobiernos le temen a la opinión pública, a medida que empieza a cristalizarse en forma de perspectivas para las próximas elecciones. Los parlamentos pueden tener aquí gran influencia, mucho mayor de la que comúnmente tienen o deberían tener en una legislación determinada.

Por lo tanto, los parlamentos deben considerarse como una parte necesaria, pero no suficiente, del gobierno republicano. Después de los fracasos de algunos parlamentos en los años 30 y con la ausencia total de instituciones parlamentarias en las vidas de la mayoría de los habitantes del mundo, uno debe ser cuidadoso y no exigir demasiado. Si el término usado para describir un tipo de régimen es "gobierno parlamentario", debemos recordar que si el gobierno cae, es muy probable que ningún parlamento pueda sobrevivir por mucho tiempo.

Debemos modificar este término y reemplazarlo por "régimenes de gobierno fundados en el parlamento". Porque lo esencial es que existe una gran diferencia entre un gobierno que para mantener su apoyo tiene que abrirse camino a través de las sesiones públicas de un parlamento, y otro que puede guardarse para sí sus razones y proyectos, e incluso sus intenciones fundamentales.

Es cada vez más frecuente que los parlamentos no representen simplemente a la opinión pública, sino que —según la frase de Samuel Beer— tengan que "movilizar el consentimiento", igual que el partido único en un régimen totalitario.⁵ Pero los parlamentos son comúnmente un instrumento más eficaz para influir en la opinión pública, porque en las repúblicas actúan motivados por la controversia. Una persona convencida es más *efectiva* que una persona obligada a actuar contra su voluntad; además, pueden advertir a los gobiernos a tiempo si la persuasión fracasa. Tal vez en esos casos se altere la legislación en lugar del pueblo, como suele ocurrir.

Como los parlamentos están ahora relativamente más preocupados con la función de comunicación en ambos sentidos, lo que Bagehot lla-

⁵ Beer, Samuel H., "The British Legislature and the Mobilising of consent", en *Essays on Reform*, ed. B. Crick, Oxford University Press.

maba funciones "expresivas", "educativas" e "informativas" más que con la función legislativa, resulta que la representación de grupos que no pertenecen a los partidos se vuelve más importante.⁶ Los partidos siguen siendo la esencia de los regímenes parlamentarios, al mantener cierta coherencia y consistencia tanto en las acciones políticas como en los debates. Pero probablemente su importancia ha disminuido con respecto al pasado y los miembros del poder legislativo que representan intereses especiales, los *lobbies* de tipo comercial y los movimientos reformistas, han adquirido mayor relevancia. La función de la representación y conciliación de los intereses de grupo es ahora más abierta, menos disimulada, lo que es mucho mejor. Algunos escritores de los años 30, incluso los socialistas británicos fabianos Sidney y Beatrice Webb, pensaban que los parlamentos reformados debían tener una composición funcional, sindicalista o, al menos, una de sus cámaras, así como representantes de distritos geográficos. Si bien esto no se ha dado formalmente en ninguna parte, en la práctica se ha llevado a cabo, hasta cierto punto, a nivel informal. Si se ha renunciado al mito de la supremacía legislativa, lo cual realmente fortalece las instituciones libres, lo mismo debería ocurrir con el mito de la soberanía parlamentaria. Por ejemplo, el Parlamento Europeo está en una etapa temprana de desarrollo. Hasta ahora posee escasos poderes reales que, según las tradiciones francesa o americana, lo hagan digno de ser llamado asamblea soberana. Pero según la tradición inglesa, especialmente si nos remontamos a orígenes feudales, se lo considera una asamblea que tiene derecho al debate, que debe ser consultado, y cuyas prácticas son de carácter público. Por medio de dichos poderes políticos puede producir un efecto totalmente desproporcionado con respecto a sus poderes legales. Por muy débiles que sean la Comisión y el Parlamento Europeo, su propia existencia significa que la soberanía parlamentaria, en el sentido legal, ya no existe para los demás parlamentos del Mercado Común.

Sin duda el Tratado de Roma y los poderes del Consejo de Ministros y de la Comisión han asumido el control de muchos asuntos que antes manejaban las legislaturas nacionales. Pero esa "soberanía" se estaba transformando en una forma cada vez más débil de poder real. Los países europeos se unieron para lograr resultados que no podían alcanzar por separado. (Ojalá eso pudiera ocurrir en África Oriental,

⁶ Walter Bagehot, *The English Constitution*, publicado por primera vez en 1867 y reeditado en varias oportunidades. Este libro que a menudo se considera como un clásico de la teoría constitucional británica, representó, de hecho, en su época, una polémica en contra de una reforma en una vía excesivamente democrática, pero también aseguró a los conservadores que una constitución moderada o totalmente democrática se podía implantar mediante pasos bien estudiados. Sin embargo, el libro resulta importante debido a su realismo político acerca del verdadero papel del gabinete y del parlamento que hasta aquí se había visto obscurecido por la teoría legal formal.

Occidental y en otros lugares.) La pérdida de soberanía formal en realidad significa mayor poder real y confundir la soberanía formal con el poder real y el derecho a ejercitarlo, implica disminuir el poder político real, como lo comprobó el Gobierno Británico en la crisis de las Malvinas. A medida que el poder pasa de los antiguos "estados soberanos" a las Intituciones Europeas, también existe la tendencia, al igual que en casi todos los países industriales avanzados, a transferir muchas funciones de gobierno a las regiones y distritos. El federalismo formal puede llegar a establecerse o no, pero ciertamente existe un mayor realismo acerca del grado más apropiado que tienen las diferentes funciones de un gobierno. Para algunas cosas, la mayoría de los estados nacionales convencionales son demasiado pequeños, pero para otras, demasiado grandes.

Parece probable que aumenten las instituciones representativas y sus actividades tanto a nivel nacional como supranacional. Los parlamentos nacionales constituirán los puentes vitales entre los gobiernos regionales y locales y el gobierno europeo. Las teorías y prácticas modernas de planificación —tanto económica como del medio físico— ven la necesidad, y no simplemente una conveniencia liberal, de aumentar la participación pública en materias de planificación. Salvo algunas excepciones, está surgiendo una nueva red de instituciones representativas, que refuerzan el gobierno parlamentario, aun cuando el parlamento tradicional pierda cierta importancia, de modo que en la actualidad se considera como la institución representativa predominante, aunque ya no omnipotente. Los poderes tradicionales de los parlamentos, considerados como soberanos, disminuirán. Pero si se consideran en forma realista como parte de un todo complejo de instituciones representativas dentro de sociedades altamente pluralistas, donde el poder efectivo no radica en un solo punto de un sistema complejo, las instituciones parlamentarias en general se verán probablemente reforzadas y no debilitadas. Y la "información a la opinión pública" puede adoptar la forma de un Gobierno, políticamente obligado por el Parlamento y la prensa, a divulgar información que, de otro modo, no habría divulgado (tal vez incluso acerca de sus propios sistemas de seguridad) o, simplemente, la forma de propaganda de Gobierno. Pero las autocracias modernas o los regímenes totalitarios no pueden ignorar a las masas, no pueden simplemente medrar en la pasividad, como sucedía en las viejas autocracias: más bien requieren de electores leales, de elecciones y propaganda, por muy engañosa que sea, para movilizar a las masas, sencillamente, porque cada población del mundo se preocupa y cree en la posibilidad de un nivel de vida cada vez mejor. La ineficiencia de la economía soviética ha forzado a la URSS a adoptar las medidas políticas conocidas como *Glasnost* y *Perestroika*. Ya nadie cree —como creyó la humanidad durante gran parte de su historia— que el futuro se parecerá al pasado.

Uno de los grandes problemas de los regímenes parlamentarios en el presente y para el futuro es la preocupación por su tamaño. A primera vista, existe una clara dicotomía entre los que opinan que la eficiencia exige unidades grandes, el mundo de las superpotencias (a pesar de que debemos señalar la rapidez con que esta situación se ha alterado: de dos superpotencias, los Estados Unidos y la Unión Soviética, se ha llegado a cinco, puesto que China, Japón y Europa Occidental han emergido como potencias) y aquellos que creen que la libertad y la justicia sólo están aseguradas en un pequeño grupo: los anarquistas, los sindicalistas, los pluralistas y los federalistas. Pero las tendencias futuras señalan que ambas posiciones prevalecerán. Es poco probable que el gobierno central desaparezca, pero por otro lado, la toma de decisiones recae cada vez más en los distritos, los sindicatos, las industrias y las profesiones —decisiones sujetas a un control central final, pero cuya iniciativa y forma son locales. Las políticas para la vivienda, planificación de ciudades, educación, bienestar y empleos se volverán cada vez más regionales, con un Estado que aplica normas mínimas por medio del control financiero, pero que permite más y más variaciones en la práctica. Al mismo tiempo, y esto reviste la misma importancia, algunas funciones de gobierno que se centraban tradicionalmente en el estado nacional están ahora exigiendo unidades más amplias. Ya en Europa Occidental notamos una gran preocupación por una transferencia administrativa, al mismo tiempo que ciertas funciones gubernamentales claves han pasado más allá de la competencia de los gobiernos nacionales. La situación no es demasiado diferente en Europa Oriental. La política exterior, las políticas de defensa y las políticas monetaria, industrial y de comercio básicas, están controladas supranacionalmente; pero las prácticas y los argumentos a favor de una mayor transferencia y de una mayor autonomía en la toma de decisiones a nivel local son cada vez más fuertes, tanto a nivel económico como político.

Tal vez no sea demasiado arriesgado generalizar diciendo que todos los países grandes del mundo moderno están tratando de resolver algunos de los problemas que acarrea la conciliación de orden y progreso económico, es decir de estabilidad e innovación. Podemos distinguir tres formas de lograrlo: 1) permitiendo el crecimiento y la influencia de más grupos representativos dentro del estado, es decir, de grupos que están fuera del partido formal, o de los sistemas parlamentario y electoral; 2) a través de la institucionalización de estos grupos, de modo que puedan empezar, aun en regímenes monopartidistas, a obtener una "autonomía" relativa: ciertamente ello constituye un mecanismo para la movilización industrial, pero ya que son más eficientes en este punto que el partido o incluso los partidos, se les debe permitir cierta libertad, cierta diversidad, en fin, ciertas dificultades políticas y 3) mediante procesos informales o formales de consulta entre Gobiernos y estos grupos antes de adoptar las decisiones más importantes. A los líderes les gusta saber que cuentan con seguidores, porque se está reconociendo

cada vez más que el tipo de políticas económicas y sociales necesarias en un estado moderno no pueden aplicarse ni tener éxito si la mano de obra especializada y la clase empresarial no están convencidos y, por lo tanto, faltan a su deber. Los cambios industriales necesitan ciertas respuestas positivas. Y si gran parte de la actividad política, incluso en regímenes liberales, es de hecho algo que la ciudadanía tolera o acepta, en lugar de estar de acuerdo con ella, la tolerancia de un obrero especializado tendrá límites. La rebelión no siempre constituye la sanción última o realista contra un gobierno despótico, más bien lo es el trabajo lento, mal hecho, renuente, ineficiente, ya se trate del obrero especializado o del gerente titulado en la universidad. Los húngaros, los checos y los polacos han ensayado distintas respuestas a la opresión, las cuales quizás han sido demasiado específicas y han surgido como poderes rivales del régimen oficial. Pero si miramos las cosas desde otra perspectiva, se puede decir que toda Europa Oriental representa un movimiento vasto, informal y no planificado de "marcha lenta" que limita severamente los poderes de los regímenes.

Las presiones que surgen de la dependencia de los gobiernos en la tecnología y en los especialistas es poco probable que produzca resultados democráticos en el sentido convencional de una participación política cada vez más abierta. Pero sí pueden desencadenar algo igualmente importante y que también forma parte de la democracia: un aumento radical en la eficiencia de las comunicaciones. Parece ser que lo que básicamente modera a los gobiernos de las sociedades industriales avanzadas y los hace servir propósitos populares es: (i) el saber que sus decisiones serán conocidas (por ejemplo, la lucha librada en los siglos XVIII y XIX en contra de la ineficiencia y la injusticia de la autocracia arbitraria); (ii) que las razones que impulsan esas decisiones serán conocidas (por lo menos por una elite ejecutiva cuya capacidad amplia e inteligente es necesaria); y (iii) que las consecuencias de sus decisiones serán evaluadas en forma crítica, publicitadas y popularizadas inteligentemente, de modo que los trabajadores especializados (de quien dependen tanto las sociedades capitalistas como las socialistas) puedan ser educados, movilizados e integrados a la élite gobernante.

3. TEORIA E INSTITUCIONES

A estas alturas ya tenemos mucho que decir acerca de la primera teoría general de la política. Aristóteles estableció dos criterios para la estabilidad en la polis. El primero es famoso: que los hombres deberían gobernar y ser gobernados por turno. Pero el segundo es menos conocido: que el estado no debería ser tan grande como para que la voz del "Esténtor" (o heraldo) no se escuche en todas partes o, dicho de otro modo pero con el mismo sentido, no tan grande como para que los ciudadanos no puedan conocerse entre sí. Podríamos dejar de lado este

segundo criterio, ya que parecería limitar la democracia, como decía Rousseau, a grupos pequeños. Sin embargo, una parte del moderno "Esténtor" lo constituyen la prensa, la radio, la televisión, y ellas hacen posible "conocerse entre sí", incluso entre estados cuyas poblaciones tienen muy poco o ningún contacto. Algunas sociedades pueden pensar que ya han agotado las posibilidades de análisis de la primera generalización de Aristóteles, pero pocas han empezado a considerar la segunda o a adaptar ambas a las condiciones de sociedades de masa de estados industriales modernos.

Por lo tanto, los parlamentos serán más importantes que nunca, aun cuando parezcan disminuir los poderes legales formales. Cada vez formularán menos normas legales y no podrán detener al gobierno en ejercicio, pero constituirán el centro de todo el sistema de comunicaciones de la sociedad moderna. Serán el elemento clave en la retroalimentación no sólo entre gobierno y gobernados, sino también entre todo tipo de grupos de interés. Los partidos seguirán estando presentes en el Parlamento con el objeto de imponer una cierta tendencia y para asegurar una política coherente en medio de la gran diversidad de intereses. No obstante, su papel será menos importante que durante la primera mitad del siglo veinte. La influencia política de los parlamentos crecerá en la medida en que los políticos aprendan y repitan las duras lecciones de la historia que dice que los gobiernos más fuertes —los que son capaces de hacer más en términos de nuevas políticas sociales, no simplemente de disfrutar de ese poder negativo que frustra el cambio y perpetúa el *statu quo*— son aquellos gobiernos que concitan (como nos enseñó Maquiavelo) el apoyo activo del pueblo. Además, el más fuerte entre los fuertes será aquel que recibe ese apoyo en forma espontánea y voluntaria, no mediante la propaganda ni la limitación de las alternativas. Son pocos los países que pueden impedir que sus habitantes sepan cómo se gobiernan otros pueblos, y ninguno puede evitar que sus élites administrativas y tecnológicas obtengan esa información.

A la larga, las repúblicas parlamentarias son más fuertes que las autocracias, debido al poder del pueblo, a su mayor flexibilidad y porque sus planes socioeconómicos están abiertos a la crítica de la opinión pública y son susceptibles de cambio. A menudo puede resultar más fácil gobernar sin parlamentos. La Roma republicana, decía Maquiavelo en los *Discursos*, podría haber evitado las manifestaciones populares y los conflictos entre las clases si hubiera suprimido la función de los Tribunos (los representantes del pueblo). Roma podría haber sido más *pacífica* como república puramente aristocrática o senatorial, pero —argumentaba Maquiavelo— habría sido mucho *más débil*. La gente común no se habría enrolado tan tranquilamente en las legiones si no se hubiera sentido parte del estado. Hoy día el futuro de la civilización no gira alrededor del ciudadano soldado sino de la satisfacción y la energía del ciudadano trabajador industrial. Los líderes soviéticos, por ejemplo,

solían creer y posiblemente aún lo hacen que es más fácil gobernar por los intereses del pueblo que dejarlo que se gobierne por sí mismo. Pero cualquier estado que compromete su lealtad y sus energías con un sistema político libre o cada vez más libre se verá mucho más afectado por crisis y conmociones que la Unión Soviética durante la época del gobierno de Breshnev. En cambio, será mucho más fuerte para llevar adelante nuevos programas que necesitan apoyo popular, y que sean populares. No es fácil gobernar por medio de parlamentos o de asambleas populares, pero a la larga es la única alternativa al estancamiento burocrático o a la opresión ideológica. Paradojalmente, una de las cosas que puede desacreditar el sistema son los intentos de los mismos parlamentos de gobernar.

Esta descripción de lo que es obvio puede haber resultado tediosa. Pero a veces es necesario hacer que las trivialidades adquieran sentido, como lo señalo al comienzo de mi libro *In Defence of Politics*. Es posible extraer algunas verdades del intento sociológico de reducir el "liberalismo" a un producto instrumental de las estructuras necesarias de la sociedad capitalista, incluso en sus formulaciones más sutiles e históricas. Pero en este intento se ha confundido la tradición republicana con la liberal y se ha terminado por arrojar lo malo junto con lo bueno en términos morales y teóricos. La teoría del parlamentarismo es una síntesis entre las ideas republicanas clásicas y las feudales-pluralistas. Puede ser utilizada y modificada para muchos propósitos diferentes. Incluso es anterior al sistema competitivo de partidos y podría —y hasta cierto punto así ocurre— suministrar la base institucional para un gobierno sin partidos o monopartidista. Por cierto las instituciones parlamentarias pueden extenderse a la industria y a la vida laboral de la misma manera como lo han hecho (con distintos poderes y distinta suerte) hacia el gobierno local o transferido. No hay razón teórica para que los parlamentos existentes sientan celos de la democracia extraparlamentaria, ni para que esta última sea antiparlamentaria. Los parlamentos no deben exigir soberanía, tal vez sólo una mínima primacía de coordinación. Los sindicalistas empiezan atacando al parlamentarismo burgués y terminan recreando una asamblea nacional representativa.

La libertad se refiere a las relaciones sociales o interacciones, y no simplemente a la liberación del individuo. Marcuse y otros seguidores de Rousseau produjeron tanta confusión como los individualistas económicos. La libertad necesita formas institucionales. Hablar de "desinstitucionalización" implica anarquismo o bien retórica para reemplazar las instituciones malas por otras mejores. En este caso, quien polemiza debería especificar y demostrar las conclusiones prácticas de sus teorías por muy triviales que éstas sean.

Al final de la jornada, si trabajamos con medios y con fines (con instituciones orientadas hacia una mayor libertad, fraternidad e igualdad), ¿qué alternativas tendrían los parlamentos o asambleas republicanas? ¿La existencia de un gobierno unipartidista (probablemente

gobernado por burócratas) o la incertidumbre del "Movimiento"? Incluso si vivimos en estados nacionales (no bajo el dominio de un gobierno extranjero) y si éstos logran elevar el nivel de vida de sus pueblos, tanto en forma absoluta como relativa, ¿podemos creer realmente que dichos gobiernos pueden sostenerse a sí mismos largo tiempo, sin recrear algo análogo a las asambleas libres de la tradición republicana, Maquiavelo fue muy claro en *El Príncipe* al explicar por qué era necesaria una concentración de poder para crear o restaurar un estado; pero con igual claridad plantea en los *Discursos* las razones por las cuales el poder debía extenderse y los estados adoptar instituciones republicanas, si pretenden sobrevivir en el tiempo. Los intelectuales sólo pueden llegar a creer que los estados de emergencia deben prolongarse indefinidamente, si se abstraen deliberadamente de la política contingente por considerarla contaminante.

Seguramente el teórico erudito, al igual que el activista agudo (aun cuando son entes diferentes), deberían estar dispuestos a distinguir diferentes niveles de teoría así como distintas escalas de tiempo para la acción. No todas las instituciones e ideas están al servicio exclusivo de los intereses de cualquier sistema social individual. La sociología política debería ocuparse de condiciones, no de causas, y de dejar de pretender ser simplemente descriptiva. Pero abandonar tal pretensión es reconocer, antes de emprender cualquier acción, la primacía del vínculo entre un análisis intelectual libre y los valores e instituciones de la política republicana: valor mínimo bajo cualquier forma que adopten, pero valor máximo dentro del ideal igualitario de "La República".